



Valera, 1951. Doctor en Ciencias Sociales, Director del Laboratorio de Ciencias Sociales, LACSO.
Andrés Bello Fellow, St. Antony's College (1988).

Profesor Titular de la Universidad Central de Venezuela (Caracas).

Premio al mejor trabajo de investigación en Ciencias Sociales, CONICIT, 1984.

Entre sus obras deben mencionarse:

Venezuela: clases sociales e individuos (1992); *La casa enferma: los efectos perversos del petróleo* (1991).

Hilos que tejen la vida social

La estructura social

La estructura social antes del petróleo

El efecto reorganizador del petróleo en la estructura social

Los usos del ingreso petrolero y la estructura social venezolana

La crisis de la estructura social petrolera

Las clases sociales a fines de siglo

Otros factores condicionantes de la estructura social

A fines del siglo XX

Bibliografía

CUANDO EN 1901 llegó a Trujillo la noticia de la muerte de Verdi, ya el abuelo Ceferino había decidido mudar su tienda para Valera. El negocio del café prosperaba en Trujillo, pero, si bien el cultivo se daba en las pequeñas parcelas de las montañas, el comercio podía hacerse más fácilmente desde las tierras llanas. Muy cerca de Valera partía el Gran Ferrocarril de La Ceiba, el cual recorría lentamente sus ochenta y cinco kilómetros hasta llegar al puerto del sur del lago que le daba el nombre. Allí embarcaban el grano hacia Maracaibo y luego hacia Europa. Las casas exportadoras operaban desde Maracaibo y por el mismo ferrocarril llegaban importados los pocos productos manufacturados que se vendían en el país. Valera tenía un clima caliente, y a pesar de que los poetas del parnaso local se afanaban en compararla con Roma, pues estaba también rodeada de siete colinas, era apenas un pobre pueblo.



Pero el abuelo tenía otras ambiciones, y a pesar de haber sido maestro en San Lázaro, decidió que debía adaptarse a los cambios del mundo, se marchó, montó su negocio y se hizo –como lo menciona Briceño-Iragorry (1954: xi)– un “afortunado comerciante”. Era un hombre de progreso, años después construyó la primera casa de dos pisos de Valera, en cuyos balcones se fotografió con la familia para la posteridad; pero don Ceferino no podía imaginarse los grandes cambios sociales que se iban a dar en este siglo...

Durante el siglo XIX la sociedad venezolana había logrado construir una precaria estabilidad económica fundada en la exportación de café, cacao y curtiembres. La independencia había roto el nexo colonial y con el incremento de los precios del café en el mercado internacional se ampliaron los cultivos y se contrajeron deudas que luego, cuando bajaron los precios del grano, no resultaron sencillas de pagar para muchos propietarios. Las ansias libertarias e igualitarias que habían encendido los distintos discursos independentistas y federalistas, unidas a los conflictos de una élite que no lograba ponerse de acuerdo sobre cómo insertarse en el capitalismo mundial, llevaron a una guerra social, que diezmó la producción del llano (Picón Salas, 1987; Carrera Damas, 1980; Lombardi, 1986). Pero, acabada la guerra federal, la sociedad volvió a recomponerse, con sus poderes y sus desigualdades. Y así entró en el siglo XX.

La estructura social

Lo que une a los individuos de una sociedad es lo mismo que los diferencia. Son los nexos que se establecen en el trabajo, en la familia y en la política, quienes los relacionan de una manera diferenciada, y les asignan roles, esfuerzos, beneficios, privilegios, prestigios, y les deparan sueños y destinos distintos, las más de las veces, desiguales. La forma social que los une y los diferencia es lo que llamamos estructura social.

En el último cuarto de siglo, se encuentra la misma estructura social, sólo que al comienzo con bonanza, euforia y continua mejoría; y, al final, con pobreza, pesimismo y continuo deterioro.

La más relevante de estas estructuras es la que se encuentra ligada al mundo del trabajo, a la forma como una sociedad se organiza para producir sus riquezas, a su modo de vivir. En términos de la estructura social, el cómo se produce llega a ser más importante que el qué se produce, pero ambos aspectos son muchas veces inseparables, puesto que el uno puede determinar el otro, bien sea porque el cómo determine lo que pueda producirse, bien porque el tipo de producto que se produce obligue a una determinada organización del trabajo.

Las relaciones sociales que se establecen alrededor de la producción tienen entonces dos vertientes: la manera como se diferencian las funciones que cada uno realiza en el proceso de producción, por una parte; y la manera como se distribuye el producto, los beneficios, entre los distintos actores del proceso, por la otra (Marx, 1968; Durkheim, 1967). Esta distribución de los beneficios permite, y muchas veces también obliga, a unos estilos de vida diferenciados (Weber, 1977). Las regulaciones sociales que pautan la producción y distribución se le imponen a los individuos, y por eso forman estructuras. A los grupos sociales que pueden construirse alrededor de los modos diferenciados de participación en el trabajo los llamamos “clases categorías”, y a los estilos de vida que pueden tenerse como resultado de la clasificación anterior los llamamos “clases situaciones” (Briceño-León, R., 1992). Por lo regular tienden a coincidir los mismos individuos en ambas agrupaciones, pero no es necesariamente así, pues un individuo puede ser un propietario que obtenga mucho dinero y viva como un pobre de solemnidad; y al contrario también, aunque es más complicado, es decir, que lleve una vida de riqueza que deba clasificarse en una clase situación distinta a sus ingresos, pues su estilo de vida ostentoso no coincide con sus clase categoría. En las páginas que siguen procuraremos mostrar cómo esa estructura social y las diferencias entre las clases se han expresado y mudado con los cambios del siglo.

La estructura social antes del petróleo

La estructura social del país durante el primer cuarto de siglo era muy similar a la del siglo XIX. El cambio cercano más importante había ocurrido durante la Guerra Federal: en el conjunto habían cambiado los actores, se había movilizó la población, pero la sociedad era sustancialmente la misma (Brito Figueroa, 1951;

Díaz Sánchez, 1968; Velásquez, 1973). Sin embargo, los estragos de la guerra en las zonas centrales habían hecho prosperar el cultivo del café en las montañas andinas, fortaleciendo la mediana y pequeña propiedad e impulsando nuevas realidades.

La estructura social de comienzos de siglo se fundaba en la producción rural y los cultivos se hacían bajo tres modalidades principales: la hacienda con un trabajo semi-feudal en forma de medianería o tercería, el hato de peones y la finca familiar. Estas formas de producción agrícolas definían el grueso de las clases sociales existentes en Venezuela (Acosta Saignes, 1931; De la Plaza, 1976; Irazábal, 1980, Lozada Aldana, 1976).

En la hacienda se podían encontrar varios grupos sociales: en primer lugar los campesinos, quienes trabajaban la tierra de manera familiar y con diversas formas de cooperación entre ellos. Los campesinos le pagaban al dueño de la tierra, por el derecho a usar el terreno ajeno, la tercera parte o la mitad de su cosecha. Por lo regular se pagaba con el producto que se cultivaba, y los dueños se encargaban de su comercialización, en general a través de un encargado de la hacienda, el cual además de tener don de mando, debía saber leer y escribir para poder llevar las cuentas del negocio.

En algunas haciendas podían encontrarse también los peones, quienes trabajaban por un salario que se pagaba en fichas o bienes, pero como el trabajo no era permanente, esta modalidad podía combinarse con la agricultura de subsistencia del conuco o con la medianería.

Dependiendo del tamaño de su familia y de su ambición, el medianero podía sembrar y cosechar extensiones de tierra mayores, y en consecuencia recibir mayores ingresos, pudiendo inclusive emplear a otros trabajadores en la producción de sus tierras y pagándoles con dinero o especies y no con el tradicional trabajo recíproco de la "tarea vuelta". Esto le permitía al medianero emprendedor acumular y poder invertir en ganado o en bestias para el transporte, y entrar así, modestamente, en un circuito de atesoramiento que lo diferenciaría socialmente del resto de campesinos, sobre todo en los años malos, tanto por su capacidad de sobrevivir o crecer en las crisis, como por tener la posibilidad de no endeudarse con el dueño de la tierra.

El hato ganadero no tenía como base la medianería, sino el peonazgo, una forma precaria de trabajo asalariado que, ante la ausencia de moneda, era pagado con fichas. Los peones podían tener su cultivo para el consumo familiar y quizá podían comercializar algún pequeño producto, pero sus funciones principales estaban alrededor de las faenas del ganado que eran estacionales en cuanto a la producción, pues se trabajaba fundamentalmente en las "entradas y salidas de aguas" para el conteo, herraje y venta del ganado, pero que requerían de ciertas labores permanentes de mantenimiento y, sobre todo, de vigilancia de las tierras para evitar el abigeato. La presencia familiar de los peones y de los vegueros, quienes desde su conuco proveían las vituallas diarias, era una garantía del cuidado del ganado. Los

dueños de la tierra delegaban sus funciones en un capataz o encargado del hato, con lo cual podían estar más ausentes y trasladarse a vivir a la ciudad donde consumían las ganancias que recibían de sus hatos.

La finca familiar representaba un esquema completamente distinto, aunque en el fondo era el mismo sistema de medianería sin dueño de la tierra. La familia extendida trabajaba las tierras y comercializaba el producto directamente. Con esto podía atesorar una parte importante de su producción; de hecho, podía disponer del doble del medianero, quien debía desprenderse de la mitad del fruto de su trabajo. Por lo tanto, disponía de este excedente para mejorar su producción o para dedicarlo a otras actividades como un comercio o la prestación de algún servicio, como el muy requerido en ese tiempo de alquiler de bestias de carga, o hasta inclusive para la educación de los hijos. En un lenguaje más actual, esta finca familiar —como en menor grado la medianería próspera—, constituían la clase media rural (Bartra, 1969).

Estas formas de producción estaban unidas por un comercio muy restringido y desigual. El gran comercio era controlado por algunas pocas firmas que desde Caracas, Maracaibo, Cumaná, Ciudad Bolívar, y con nombres extranjeros —recuerdan algunos analistas— otorgaban créditos a los propietarios y compraban por adelantado el producto que luego y desde esos mismos puertos enviarían a Europa y a Estados Unidos. Este comercio generaba dos grupos sociales, los propietarios, quienes estaban en la cúspide de la estructura social por sus ingresos, su nivel de vida y el prestigio que les daba ser representantes de empresas y países extranjeros; y los trabajadores, que eran pocos y asalariados, aunque muchas veces la relación era más servil que salarial.

El otro comercio tenía un ámbito más restringido y su existencia dependía de las formas de propiedad y de pago a la fuerza de trabajo. En aquellos lugares en los cuales se pagaba con fichas a los peones, el comercio estaba monopolizado por el propietario de la tierra o el encargado y, por lo tanto, no permitía ni su existencia libre ni tampoco la consolidación de las ciudades. Esto fue lo que sucedió en las zonas llaneras con predominio del hato, pues el comercio en gran escala lo hacía directamente el dueño de la tierra con las casas comerciales y el pequeño estaba monopolizado por la tienda de las fichas. Algo distinto ocurrió en los Andes, pues la pequeña y mediana propiedad requerían de intermediación, no podían darse el lujo de negociar directamente en Caracas o Maracaibo las pequeñas cantidades que producían; entonces prosperó el comercio que compraba café y vendía los utensilios, herramientas y aperos requeridos en la vida diaria del productor y su familia. Y como no podían trasladarse muy lejos sino a unas distancias prudentes y pautadas por la geografía, se establecieron pequeños pueblos que recorrían los representantes de las casas comerciales buscando los intermediarios del lugar.

Debido a estas circunstancias en el segundo caso, en los Andes, fue posible que se desarrollara una suerte de clase media alrededor de ese comercio y esa propie-

dad. Pero no ocurrió así en el Llano, y la sociedad se hizo predominantemente bi-clasista, sin clase media comerciante o productiva, y con menores oportunidades de educación para los que no eran propiamente ricos.

Las ciudades congregaban cerca del 10 por ciento de la población total a comienzos del siglo, es decir, la casi totalidad de la población vivía en el campo y se ocupaba de las faenas agrícolas y pecuarias. El pequeño porcentaje que vivía en las urbes lo hacía en ciudades pequeñas, pues para 1926 sólo cuatro ciudades tenían más de veinte mil habitantes. Y las ciudades que pasaban de los diez mil habitantes estaban en la zona costero-montañosa del norte y en los Andes, es decir, no había ninguna en el Llano.

Las ciudades eran el lugar de residencia de los propietarios y de los comerciantes, y éstos eran pocos y tampoco tenían mucho dinero para pagarse grandes servicios ni ser mercado suficiente para que existieran muchos artesanos. La ciudad fue en gran medida el lugar donde se gastaba el excedente de la producción rural, el punto de contacto con los mercados europeos y el escenario del poder político. La ciudad se organizaba en la misma forma de damero que habían establecido las ordenanzas de Felipe II. Tenía en su centro las grandes casas de los propietarios y de los comerciantes, y exhibían junto a sus plazas de mercado y ceremonial los

símbolos del poder: la Iglesia y el Concejo Municipal. A las orillas, en las afueras del casco y extendiendo la cuadrícula, vivían los artesanos, los comerciantes menores y los encargados de los servicios urbanos, una suerte de modesta clase media. Los más pobres en la estructura social de la ciudad no tenían casas en la ciudad, pues eran sirvientes y por lo regular vivían en las casas donde laboraban. Y, si se quiere ver de manera más contundente, tampoco tenían derecho a vivir en la ciudad. Algunos deambulaban entre los campos y la ciudad, pero siempre tenían que andarse cuidando, pues los municipios habían dictado muchas resoluciones para reprimir a los vagos y “malentretidos” que llegaban a los pueblos, así como para impedir –so pena de multa– que anduvieran bestias sueltas por las calles y plazas.

En las pocas ciudades grandes se habían instalado algunas industrias hacia fines del siglo XIX y comienzos del XX, unas fábricas de textiles, una de fósforos, una de vidrios, dos cervecerías, pastas vegetales, tenerías. Es muy difícil pensar que a partir de esta incipiente industria pudieran derivarse grupos sociales, y que existiera en ese tiempo una clase obrera o una burguesía industrial, pues eran muy pocas las industrias manufactureras –se contaban en menos de 200 para 1913–, y muy poco empleadoras de personal –sólo algunas tenían más de cien trabajadores. Aún para 1926, luego de un crecimiento en el sector impulsado por la Primera Guerra Mundial, los estimados colocan en alrededor de veinte mil trabajadores los que allí laboraban, siendo en la realidad muchos de ellos más bien artesanos trabajando en pequeños talleres que propiamente obreros industriales.

La estructura social de comienzos de siglo se fundaba en la producción rural y los cultivos se hacían bajo tres modalidades principales: la hacienda con un trabajo semi-feudal en forma de medianería o tercería, el hatu de peones y la finca familiar.

El efecto reorganizador del petróleo en la estructura social

Tres procesos se conjugan en el primer tercio del siglo XX para dar al traste con la estructura de la sociedad agraria tradicional: el impacto de la exploración y explotación petrolera, la gran crisis del capitalismo mundial, y los mecanismos de utilización de la renta petrolera. La suma de estos factores darán como resultado una nueva estructura social en Venezuela, que luego se consolidará en los años cincuenta y permanecerá hasta fines del siglo.

Tres procesos se conjugan en el primer tercio del siglo XX para dar al traste con la estructura de la sociedad agraria tradicional: el impacto de la exploración y explotación petrolera, la gran crisis del capitalismo mundial, y los mecanismos de utilización de la renta petrolera.

Paralelo a la tradicional producción rural de café y cacao se inició un proceso de exploración y explotación de la industria petrolera. La industria petrolera nunca ha sido gran empleadora de mano de obra, pero en sus fases de exploración requería de muchos trabajadores para las faenas de campo y para la instalación de los primeros campamentos petroleros. Es así como atrae a miles de trabajadores de los Andes, del oriente o de Margarita que abandonan sus tareas de agricultura o pesca para irse a laborar en las faenas de limpieza de terrenos, apertura de caminos, la construcción de viviendas y la instalación de los equipos necesarios para la exploración o para el inicio de la explotación petrolera. Por supuesto, que paralela a esta actividad se generó otra corriente migratoria que no era empleada por la industria petrolera, pero que vivía de la misma por los gastos que realizaban sus trabajadores; fueron

fundamentalmente trabajadores de servicios, desde comerciantes hasta vendedores de alcohol y prostitutas. Este proceso constituye el primer "proletariado" propiamente dicho en el país, pues eran en sentido estricto asalariados; tenían una magnitud importante y eran dotados de esa identidad al ser clasificados como tales por el sistema de segregación impuesto por las compañías concesionarias.

Esto no fue óbice para que en 1919 se obtuviera la mayor exportación de café de toda nuestra historia, pero, a pesar de su expansión durante esos años, el petróleo comenzaba ya a tener un papel relevante entre las exportaciones y para 1926 superó en valor a las exportaciones de café, conservándose así por todo el siglo.

A partir de 1929 el mercado del café sufrió una gran caída, los precios descendieron hasta llegar a un cuarto de su valor anterior, poniendo en gran aprieto a los propietarios que no tenían cómo pagar sus deudas. Y, para completar esta situación, cuando en 1934 el gobierno de Estados Unidos de América decidió devaluar el dólar en un 40 por ciento, la moneda venezolana no acompañó la caída del dólar y se sobrevaluó, con lo cual fue prácticamente imposible continuar con las exportaciones de café por el encarecimiento del producto venezolano debido a razones cambiarias (Adriani, 1937; Mayobre, 1982).

Este, bien podemos decir, es el fin de la estructura social tradicional en el país, no porque desaparezca completamente, sino porque ya nunca más tendrá la misma relevancia. La consecuencia inmediata es que en el tipo de relaciones feudales,

donde se cobraba la renta de la tierra en especie, comienza a cobrársela en dinero, pues el propietario no quiere verse con un producto que no encuentra cómo vender. Pero también ocurre la quiebra de muchos propietarios, quienes al no poder cancelar sus deudas se ven obligados a entregar las tierras (Mieres, 1962). Se produce entonces la concentración de la propiedad en manos de las casas comerciales y de los favoritos políticos del régimen, el cambio de la producción agrícola a la ganadera, y la eclosión de otros grupos sociales: los comerciantes importadores, la burocracia estatal y los trabajadores urbanos.

El proceso que se aprecia a partir de entonces lleva a una sociedad que se diversifica y donde coexisten las clases sociales que provenían de la estructura anterior, venida a menos pero existente, con los rasgos de una sociedad que no llega a ser capitalista industrial, sino rentista importadora.

Si a los factores anteriores se le añade que el ingreso petrolero empieza a distribuirse internamente en la forma de empleo para la construcción de obras públicas, en el pago de empleados y espías de la burocracia, en salarios y gastos militares de un ejército que se inicia, se concluye en la expansión de la demanda en el mercado interno, sin que hubiera existido un aumento de la producción nacional capaz de satisfacerla (Córdova, 1963). El resultado inevitable es un incremento de las importaciones con lo cual se fortalece el grupo social de los comerciantes; las casas exportadoras se convierten en importadoras y la clase social que representaban se modifica en sus funciones, aunque muchas veces no en los nombres, quienes simplemente cambian el énfasis de su actividad: ya no exportan café sino que ahora son importadores, y de casi cualquier cosa.

El movimiento poblacional que se había generado con la exploración petrolera va a continuar por motivos distintos en las décadas siguientes. El proceso emigratorio del campo que se había iniciado de una manera puntual por la demanda de mano de obra para el petróleo, se acentuará con la crisis de la agricultura y será refrendado con las posibilidades de empleo en las que se gastaba el ingreso petrolero (Briceño Parilli, 1947). Es decir, se da una combinación de factores de atracción y expulsión completamente nuevos. A partir de entonces, podemos dividir el país en dos zonas que hemos clasificado así: las zonas de inclusión en el circuito de distribución de la renta petrolera, donde hay actividades petroleras o donde se gasta el ingreso petrolero, las cuales atraen inmigrantes pues hay empleo y servicios. Y las zonas de exclusión, donde también llega el ingreso petrolero, pero en mucha menor cuantía, donde domina el abandono y la incuria, y que se convierten en zonas de expulsión de la población (Briceño-León, 1991).

Este proceso de migración, más los cambios en la estructura productiva, crean un grupo social totalmente novedoso al que se ha llamado "marginales". Es decir, que así como aparece como producto de la industria petrolera y de la incipiente manufactura lo que se pudiera llamar un proletariado, surge un sector distinto que se relaciona por un lado con el incremento de los servicios públicos y privados, pero

también con la expansión notable que tuvo la industria de la construcción. En este último caso pudiéramos simplemente considerarlos obreros de la construcción, pero la transitoriedad de los empleos en la construcción no permite considerarlos un proletariado propiamente dicho, pues al acabar la obra pasan a ser trabajadores por cuenta propia y entonces su identidad se disuelve y se vuelve polisémica.

Este grupo son los nuevos habitantes urbanos, mezcla de obreros industriales, empleados de servicios, trabajadores por cuenta propia o subempleados, que en la literatura sociológica se han denominado de manera tan diversa como marginales, sobrepoblación relativa o ejército industrial de reserva. Las conceptualizaciones han sido muchas, y ninguna totalmente satisfactoria, por la combinación de funcionalidad y multifuncionalidad que tienen como sector social. Pero, sin lugar a dudas, son uno de los actores fundamentales de la nueva sociedad urbana.

Los cambios que ocurren en el país a partir de los años treinta diversifican la cúspide de la estructura social. Muchos de los tradicionales propietarios de la tierra permanecen, otros son substituidos por nuevos nombres, pero, a su lado, empiezan a descollar los comerciantes importadores, los constructores, los financistas. Hasta ese período duró la hegemonía de los propietarios de la tierra en la estructura social y política de Venezuela. Desde ese momento en adelante el poder de los productores rurales será más simbólico que real, pues crecerá el poder y la independencia del Gobierno central, ya que los ingresos del Estado no dependerán de los impuestos a la exportaciones agrícolas y no se contará con los ejércitos privados, pues éstos serán arrollados por el poderío de las finanzas petroleras del gobierno y del ejército nacional. Adicionalmente, los nuevos grupos económicos empezarán a competir por el poder y a desplazar de la escena política a los propietarios rurales (Rangel, 1965).

Lo importante de esta transformación es que la fuente del poder que los encumbra deja de ser dinero rural y agrícola, y pasa a ser urbano y petrolero. El factor fundamental en la fuente del enriquecimiento deja de ser la extracción del excedente agrícola de los campesinos, la explotación de la mano de obra campesina; y pasa a serlo la competencia por obtener un pedazo de la renta petrolera: un contrato, una licitación, un préstamo del Estado.

Podemos decir que este proceso de transformación de la estructura social adquiere su mayor fuerza entre los años treinta y cincuenta (Maza Zavala, 1976). El crecimiento urbano fue notable, Caracas creció de una manera vertiginosa, aparecieron las urbanizaciones que le darán forma a la ciudad actual: las quintas de grandes parcelas de Altamira y Los Palos Grandes, hacia el este; las casas modestas para la clase media en San Agustín del Norte, las cuales mantenían la volumetría de la cuadra tradicional, adosándose unas a otras y manteniendo el patio interior, pero con un pequeño retiro en la fachada para un porche que las hacía más acordes al nuevo modelo de las quintas, y también los barrios para los pobres en La Charneca en San Agustín del Sur, al otro lado del río, y en algunas zonas de Catia.

Con la pérdida del poder político tradicional de los propietarios de la tierra, el crecimiento de la población urbana y la irrupción de los nuevos actores sociales, se echan las bases para que aparezcan los nuevos partidos políticos, los sindicatos y las transformaciones en el sistema electoral que permiten un mayor acceso al voto a la población sin importar el sexo o el nivel de instrucción.

A partir de allí es el Estado venezolano, utilizando la distribución del ingreso petrolero, el que habrá de constituirse en el gran creador de las clases sociales en Venezuela: de los ricos y los pobres, de los empresarios y de los obreros. Todos los sectores crecerán a su abrigo, se incentivarán fortunas, se crearán empleos y se darán ayudas en políticas sociales. Y así, más rápida que lentamente, aparecerán nuevos grupos y se producirá un ascenso social generalizado.

Un grupo social importante que surgirá en este proceso es el de los empleados del Estado. Los funcionarios públicos existieron en toda la historia de la República, pero la flaqueza económica del Estado no podía permitir pagar muchos empleados. Por eso, con la llegada abundante del ingreso petrolero al gobierno central, se decidió ampliar los servicios públicos y con ellos se incrementó el empleo urbano. Este sector será la base para la creación de la clase media urbana (Briceño-Iragorry, 1957). Al aumentar este sector, conjuntamente con el incremento de los trabajadores en las obras públicas, se expandirá el mercado urbano y aparecerán nuevas empresas para prestar servicios que a su vez darán empleos, y así se conformará la clase media que luego estudiará, se hará profesional, ascenderá socialmente y, al final del siglo, se encontrará desempleada.

Hemos dicho que este proceso adquiere su mayor fuerza alrededor de los años cuarenta, pero quizás sería apropiado decir que allí ocurrió un punto de inflexión en la estructura social, que le dará los rasgos modernos que desde entonces detenta. Entre los años cuarenta y cincuenta se producen varios procesos sociales y demográficos que van a expresarse directamente en la estructura social.

La Segunda Guerra Mundial convierte al petróleo venezolano en un factor estratégico de vital importancia. Venezuela recibe entonces abundantes recursos por la exportación, pero sufre de las restricciones que tienen todas las importaciones por la economía de guerra; sin embargo, sí llegan productos al país, pero al estar controlados por cuotas es el Gobierno quien decidirá a quién se le entregan los bienes para su comercialización interna, y de este modo se favorece a unos grupos en particular y se refuerza el poder de los comerciantes importadores en su conjunto (Carrera Damas, 1974). Pero la guerra también hace que se expandan los trabajadores petroleros y ya había habido conatos de huelgas; es en este período cuando se constituye el sindicalismo, aparece una idea de la clase obrera y ocurre la primera gran huelga petrolera.

*Lo que une a los individuos de una sociedad es lo mismo que los diferencia...
La forma social que los une y los diferencia es lo que llamamos estructura social...
La más relevante de estas estructuras es la que se encuentra ligada al mundo del trabajo, a la forma como una sociedad se organiza para producir sus riquezas, a su modo de vivir.*

Desde el punto de vista de la población suceden dos hechos importantes. La guerra había arruinado a Europa, y ante la miseria de la posguerra muchos individuos con algunas destrezas en un oficio deciden migrar y escogen a Venezuela como destino, pues había crecimiento, flexibilidad social y buena paga. Es así como el país recibió un flujo migratorio de magnitudes importantes que va a constituir una clase media “profesional”, autollamada así por tener un oficio probado y no un título académico, pero que va apuntalar la industria de la construcción y la expansión de los servicios urbanos. Representa ella un sector novedoso, pues venían de socie-

La estructura social del país durante el primer cuarto de siglo era muy similar a la del siglo XIX. El cambio cercano más importante había ocurrido durante la Guerra Federal: en el conjunto habían cambiado los actores, se había movilizado la población, pero la sociedad era sustancialmente la misma.

dades capitalistas y urbanas y eran trabajadores calificados, algunos con mentalidad de proletarios, en el sentido político de “conciencia de clase obrera”, que deseaban construir organizaciones sindicales; otros, con una mentalidad empresarial y ambiciones de riqueza. Su novedad estriba en que se relacionan de un modo distinto con sus patrones y viven en la ciudad o en el campo de un modo diferente a los pobres venezolanos que aún no terminan de salir de un sistema semifeudal y rural. Ellos serán un puntal importante en la constitución de la clase media.

Paralelo a esto se produce la campaña antimalárica que reduce radicalmente la mortalidad por paludismo en los escasos tres años que van de 1945 a 1948. Esto fue posible por la aplicación del DDT con fines civiles que se hizo por primera vez en Venezuela; antes había sido usado por el ejército norteamericano en la guerra del

Pacífico, pero no se había comercializado pues se consideraba un implemento de guerra. Venezuela pudo acceder al producto tanto por ser un aliado importante de EE.UU. y tener dinero para pagarlo, como por los vínculos del responsable del programa. El resultado fue, según relata A. Gabaldón (1965), el de una notable expansión del territorio nacional que antes no podía ser plenamente utilizado por los riesgos de contraer la enfermedad. Desde el punto de vista económico se pensaba que la liberación del yugo de la malaria, aunado a la expansión de la red de carreteras, podía permitir una expansión económica de estos territorios, un repoblamiento de las zonas rurales, una migración masiva hacia el campo, buscando desarrollar la economía en las fronteras civilizatorias (Gabaldón, 1969). Pero lo que en realidad ocurrió fue que las personas migraron hacia el centro del país.

En los años cincuenta se observa un cambio esencial entre la sociedad tradicional, rural y feudal, y la capitalista, urbana y pretenciosamente moderna. En estos años Venezuela tuvo un importante crecimiento que durará en líneas generales hasta el “viernes negro” de 1983, y es en ese período cuando se crea y consolida lo que será la estructura social característica del siglo XX venezolano.

El censo que se realiza a comienzos de los años cincuenta muestra que más de la mitad de la población ya vivía en ciudades, es decir, la estructura social se había vuelto fuertemente urbana: ya no sólo vivían en la urbe los propietarios de la tierra y

sus sirvientes, sino los nuevos ricos, los funcionarios del gobierno, los empleados de las empresas, los trabajadores de servicios, los obreros de la construcción, los artesanos, los profesionales libres, los trabajadores por cuenta propia, los desempleados.

En los años cincuenta se consolidó también el lugar del negocio petrolero y de la economía del país como exportadora de petróleo (Carrillo Batalla, 1965). Venezuela había pasado a ser el primer exportador mundial, y quien antes detentaba ese lugar, a saber, Estados Unidos, mudan su rol, y de exportadores de crudo se convierten en importadores por el aumento de la demanda interna.

Los altos ingresos petroleros y la poca mano de obra calificada hicieron que los salarios que se pagaban en el país durante los años cincuenta fueran más altos que en Alemania (Furtado, 1959). Estos ingresos reforzarán la corriente migratoria de españoles, italianos, portugueses y colombianos, que van a conformar colonias importantes en el país, y afectar con su inserción en el mundo del trabajo y del territorio la estructura social tradicional.

Las campañas de saneamiento ambiental, así como la expansión de los servicios de salud, redujeron significativamente la mortalidad general del país, y en particular la mortalidad infantil. Pero como esta disminución de la mortalidad no estuvo acompañada de un descenso en la natalidad, se produjo un fenómeno nuevo en la sociedad, pues, al combinarse la alta natalidad con la baja mortalidad, se generó una verdadera explosión demográfica. La población del país crece vertiginosamente, y si bien este crecimiento poblacional ocurre en todos los sectores, se da más entre los más pobres, quienes por tener menos acceso a la información, o por inercia cultural, conservan por mucho tiempo más un patrón de fecundidad apropiado para las circunstancias anteriores de alta mortalidad infantil. Entonces era necesario tener muchos hijos para que algunos sobrevivieran, pero ello deja de ser así cuando la mortalidad se reduce.

La pobreza en el país, que siempre había existido, se hizo ahora más evidente. No sólo aumentaron en número los pobres, sino que se vinieron a mostrarse en las ciudades. La concentración de la distribución del ingreso en ciertas áreas, al comienzo, reforzaba el patrón migratorio hacia las ciudades pequeñas y medianas, pero luego hacia las ciudades grandes y hacia el centro norte del país.

Los usos del ingreso petrolero y la estructura social venezolana

Por todo este período se produce una polémica que aún persiste en el país sobre cuál ha de ser el mejor uso para los ingresos petroleros. La discusión ha sido un asunto de élites económicas y políticas, pero desde las distintas posiciones se muestran los intereses de los grupos sociales o las ideologías que los sostienen.

Históricamente su inicio puede ubicarse en el conocido editorial de Uslar Pietri de 1936 en el que acuñó la frase "sembrar el petróleo". Con el tiempo la sentencia se extendió y muchas personas y medios de comunicación la repiten como si ésta tuviera un sentido unívoco. Sin embargo, ello no ha sido así. Su real significado es

múltiple y las maneras de entenderla han fortalecido o cambiado aspectos de la estructura social, por esa función moldeadora de la sociedad que ha tenido el uso del ingreso petrolero.

Para Uslar Pietri el sentido original de la frase era bastante literal, se trataba de usar el provento del petróleo como semilla para sembrar en el campo, en la agricultura, es decir, para apoyar la construcción de un modelo de país rural y en cierta medida agro-exportador; pero era también un modo de favorecer a los propietarios del campo, que era la élite en el poder que estaba feneciendo. Sembrar en el campo era una manera de poder generar una modernización del campo, quizá para poder hacer de los campesinos obreros agrícolas o hasta una clase media compuesta por propietarios medianos tipo "farmers", pero, en cualquier caso, lo que se proponía era dejar a la población en el campo y evitar su venida a la ciudad (Uslar Pietri, 1980). Por eso Uslar se asombra y disgusta con los barrios de las ciudades, pues considera que están habitados por campesinos que se vinieron, y cuando critica el crecimiento del Estado y el uso del petróleo, lo hace en ese contexto, pues tiene como marco de referencia el desarrollo rural.

Esta frase ha tenido sin embargo dos diferentes acepciones: una es sembrar el petróleo en la industria; y, la otra, sembrarlo en la gente. La siembra en industrialización se la concibe como un medio para crear empleos y "desarrollar" el país. Esto se ha manifestado de dos maneras distintas: una es la construcción de obras públicas, y la otra el proceso de sustitución de importaciones. En la práctica ello ha significado la creación de un mercado de empleo más diverso y, en consecuencia, la aparición o refuerzo de ciertos grupos sociales.

Las obras públicas permitieron el impulso de un empresariado como grupo social, pues, con los grandes contratos ofrecidos por el gobierno, fue posible amasar importantes riquezas, pero permitió también el crecimiento de un grupo laboral de trabajadores calificados y el empleo masivo de trabajadores no-calificados. Y quizás es posible decir también que, de manera indirecta y oculta, también ha posibilitado la creación de otro grupo adinerado no-empresario, que está en el gobierno o sus alrededores y que se enriquece por ese reparto *sui géneris* de la ganancia que significa la corrupción. Pero este proceso genera también una expansión de los servicios y, así, la aparición de pequeños empresarios, comerciantes o de servicios personales. E implica movimientos de poblaciones en las migraciones temporales o permanentes.

Cuando se iniciaron las labores de construcción de la gran represa de Calabozo a comienzos de los años cincuenta, este pueblo contaba por cientos sus habitantes, pero las labores requerían de tanto personal que llegaron a emplear a más de cinco mil trabajadores que vivían en campamentos, puesto que el pueblo jamás podía haber albergado tantos recién llegados. A su alrededor se instalaron los restaurantes y los prostíbulos, y eran tantos estos últimos que, según cuentan los aldeanos, en los corrillos los clasificaban por las nacionalidades de las trabajadoras: el de las alemanas, las italianas, las cubanas...

La siembra en obras como la represa, o en carreteras y autopistas, se presumía que daban las bases para que se desarrollase privadamente la industria en ciudades como Valencia o Maracay, así como la agroindustria en el campo, como sería el caso de la producción de arroz en Calabozo. Posteriormente, la intervención fue más directa en la industrialización, y el proceso de sustitución de importaciones buscó la creación de unas fuentes de empleo más permanentes que la construcción y con mayor posibilidad de contribuir al crecimiento económico (Silva Michelena, 1970).

El proceso y la estructura resultante, en su conjunto, no fueron muy distintos del descrito para la construcción: un grupo adinerado consigue el crédito para instalar la industria y la prohibición de importar el bien que se iba a sustituir; un grupo de funcionarios que se enriquecen a su sombra y calladamente por la corrupción; un grupo de profesionales y trabajadores calificados, y unos obreros no-calificados. Quizá la mayor diferencia en cuanto a la estructura social es que el proceso de sustitución de importaciones fomenta de manera indirecta la marginalidad o el sector informal, al ser notablemente ahorrador de mano de obra. Es decir, en el proceso de sustitución de importaciones, en una economía petrolera con abundantes divisas, el dinero resulta mucho más barato que la fuerza de trabajo, por lo que, cuando la industria no es simplemente una fantochada para quedarse con el crédito recibido, se vuelve altamente tecnificada y, por lo tanto, ahorradora de mano de obra (Araujo, 1964). Las industrias, y todo el proceso de gasto del dinero petrolero, ilusionan y atraen a muchos individuos, pero no tienen cómo emplearlos, por lo que pasan al desempleo o al sector informal.

Como la industria no genera suficientes empleos es el Estado quien empieza a cumplir funciones de gran empleador, y esto coincide con la tercera interpretación que se le da a la frase: sembrar en la gente. Cuando en 1947 Pérez Alfonzo (1962) presentó su Memoria como Ministro de Fomento, afirmaba que debía guardarse el dinero petrolero para invertirlo en planes especiales de la industria, pero, al mismo tiempo, se preguntaba: ¿y cómo hacerlo con un país lleno de hambre, enfermedad y analfabetismo? La respuesta de los gobiernos democráticos fue invertir en la gente creando empleos muchas veces innecesarios, invertir en educación y en salud gratuita, o en vivienda y alimentación subsidiada.

Los altos salarios y las políticas sociales antes señaladas producen lo que podemos denominar un ascenso social generalizado, una mejoría colectiva donde el resultado no era una consecuencia del esfuerzo propio e individual, sino de los cambios globales que se daban en el país como consecuencia del gasto del ingreso petrolero.

Es en esta misma óptica como debemos interpretar lo que fue el proceso de reforma agraria que se decreta a comienzos de los años sesenta. Para nosotros la reforma agraria fue más una política social que una política económica, es decir,

*A partir de 1974...
la sociedad cambió...
Para nosotros lo
que ocurrió fue que
se profundizaron
las tendencias que
se venían dando desde
comienzos de siglo
y que habían
adquirido fuerza
en los años cincuenta.*

con la reforma agraria no se procuraba hacer más productivo el campo, y, en consecuencia, impulsar la creación de riqueza, sino que fue tan sólo otro modo de gastar la riqueza petrolera. El proceso de reforma agraria pretendió cambiar al campesino, un "Juan Bimba" en alpargatas y sin tierra, en un trabajador moderno del campo, propietario y tecnificado. Los resultados económicos, al pasar el tiempo, fueron lamentables, ahora bien, socialmente hablando se logró transformar el campo al crear un sector de bajos o medianos ingresos en las zonas rurales, pero no se logró detener el éxodo de abandono del campo. Este proceso adquirió una fuerza propia,

El proceso de reforma agraria pretendió cambiar al campesino, un "Juan Bimba" en alpargatas y sin tierra, en un trabajador moderno del campo, propietario y tecnificado. Los resultados económicos, al pasar el tiempo, fueron lamentables...

los dueños, medianos o grandes, por temor a los derechos que la legislación le otorgaba a los pisatarios, comenzaron a ingeniárselas con fórmulas legales e ilegales para sacarlos de las tierras, pero al hacerlo se quedaban sin mano de obra para las faenas del campo y se retroalimentaba un proceso de descenso de la población, poca inversión y baja productividad.

La agroindustria logró revertir este proceso en algunos lugares, y, al hacerlo, logró crear un nuevo sector social en el campo: los obreros agrícolas (Domínguez, 1978). Ya no se trataba de campesinos conuqueros o medianeros, ni tampoco de jornaleros para la zafra en tiempos de cosecha, sino de obreros simples, con horario y derechos laborales, sólo que en el campo y no en la ciudad. Logró también hacer aparecer una clase media rural, más cercana al *farmer* americano, que pudo vivir bien y acumular cierta riqueza a partir de su negocio rural de producción avícola, porcina, frutícola y de algunos cereales.

Pero al lado de los medianos propietarios hubo también grandes inversiones en el campo para la producción agrícola o pecuaria de gran escala: son los ricos del campo. Lo notable de estos casos es que mayoritariamente se trata de capital de origen urbano que es invertido en el campo, para la compra y modernización de las haciendas y hatos, y con una propuesta de organización de la producción estrictamente capitalista. En estos casos se fomenta también una clase media profesional que labora en el campo así como los obreros agrícolas propiamente dichos.

En el campo los pobres son de tres tipos, y el factor que los diferencia y nos permite colocarlos en un gradiente es la regularidad con la cual obtienen ingresos en dinero. Los más pobres son los campesinos que trabajan su conuco y sólo reciben ingresos monetarios cuando venden la cosecha; por supuesto que, como cultivo mixto, el conuco le proporciona al campesino y su familia los productos para subsistir durante el año, y quizá también pueden vender algunas tortas de casabe o algunas frutas. Pero los ingresos importantes en dinero sólo aparecen una o dos veces al año: por lo que debe endeudarse si desea adquirir algún producto externo: unas medicinas, los fósforos, el azúcar o la sal, las baterías para el radio.

En un nivel intermedio se encuentran aquellas familias que logran combinar el cultivo familiar con algunos trabajos a destajo, por día o tarea, en alguna finca,

hato o inclusive en zonas urbanas cercanas. Pueden ser unos pocos días al mes, pero ese ingreso monetario, por pequeño que sea, representa una diferencia importante en el nivel de vida del campesino. Hace años en una entrevista uno de estos campesinos justificaba su aspiración de tener un poco más de ese ingreso en dinero para poder comprar unos paquetes más de espaguetis y así comer completo.

Los que mejor se encuentran son los asalariados, pues reciben ingresos regularmente. El salario mínimo rural puede ser muy bajo, pero la periodicidad de su percepción representa un gran aporte para la escasa calidad de vida. Estos obreros del campo pueden a su vez cultivar algo con su familia y utilizar el dinero para los productos industriales –como el aceite o las sardinas, la ropa– o los servicios como el transporte. Sus casas pueden estar en mejor estado, sus hijos se visten mejor y pueden ir al pueblo y al médico.

A los pobres urbanos se les puede aplicar este mismo criterio de la regularidad en el ingreso. En la ciudad hay una mezcla contradictoria de circunstancias para los pobres, pues, por un lado, existen mayores posibilidades de encontrar un empleo y éste será siempre mejor remunerado, pero los pobres urbanos no tienen un cultivo del cual vivir cuando no hay salario, por lo tanto deben contar con sus ahorros o con la ayuda familiar o vecinal.

El ‘cultivo’ al cual pueden apelar los pobres urbanos es el trabajo informal: los pequeños vendedores de la calle, la buhonería, el servicio personal. El buhonero puede ser en una dimensión un trabajador precario y sobreexplotado; en la otra pueden ser pequeños empresarios. El oficio es el mismo, pero para unos es un mecanismo de subsistencia y para otros puede ser el inicio de un proceso de capitalización e independencia empresarial, de tamaño realmente micro, pero empresarial.

En un nivel muy distinto se encuentran los trabajadores de la industria petrolera. Tanto por la regularidad como por el monto de los salarios y beneficios no es posible ubicarlos dentro de los pobres urbanos, son más bien la modesta clase media del país. En un grupo similar se pueden encontrar muchos de los empleados públicos o privados, quienes recibieron por mucho tiempo un ingreso que les permitió una vida modesta: adquirir una vivienda, tener un carro y educar a los hijos.

La educación fue durante todo este período, junto a la carrera militar, el mecanismo más seguros de ascenso social hacia la clase media. La educación fue quizá también el esfuerzo más notable y permanente de inversión en la gente que hizo el Estado venezolano, y por lo tanto se convirtió en el camino claramente prescrito por la sociedad para mejorar socialmente y poder alcanzar las metas personales (Albornoz, 1992). Y lo fue así pues, al existir un permanente crecimiento económico y expansión del empleo público, los profesionales tenían garantizados tanto un empleo como un modo de vida mejor. Una familia pobre educaba a sus hijos con el convencimiento de que una vez graduados iban a conseguir un buen empleo e iban a mejorar sustantivamente su nivel de vida. Si tenían suerte, o mañas, podían inclusive llegar a ser ricos; pero eso no lo garantizaba la educación universitaria, en

cambio, el ingreso en la clase media sí. Esto se veía facilitado por el hecho de que eran muy pocos los graduados universitarios y muy altos los ingresos del gobierno, lo que le permitía pagar buenos sueldos a sus empleados.

Pero para la clase media el título universitario se constituyó, además, en un símbolo de estatus, un modo de tener identidad, de diferenciarse de los pobres y también de algunos ricos a quienes se les calificaba de burros cargados de plata. El título era buscado principalmente no para hacer algo con esa educación, sino para ser profesional. La educación en Venezuela ha sido más un modo de *ser* que de *hacer*, y esto lo han facilitado un Estado y unas empresas que remuneraban el título mismo. Esta educación universitaria es sustento de lo que fue una clase media en ascenso, y es media no sólo por la medianería de su ingreso, sino porque culturalmente se diferenciaba de los sectores pobres del país (Abouhamad, 1980). Por supuesto que en la clase media hallamos también a los comerciantes y medianos propietarios sin educación, pero es este sector profesional el que empieza a copar los espacios sociales, en un primer momento como empleado del Estado, luego en la empresa privada, y finalmente como emprendedor que produce nuevos negocios.

El mismo proceso, la misma bonanza que impulsa la clase media, logra crear los sectores ricos del país. No es que antes no existieran, sino que cambió la manera y, sobre todo, la magnitud de sus fortunas. El proceso fue el mismo, grandes fortunas logradas a través de los mecanismos de captura de la renta petrolera. En Venezuela, y durante este período, era posible hacerse rico con relativa facilidad, pues había dinero en abundancia y pocos mecanismos institucionales para utilizarlo. Los individuos o empresas que podían disponer de un capital inicial sólido o de un respaldo institucional como una carta de crédito de una reconocida empresa extranjera, o tener suficientes vínculos políticos, podían lograr hacer negocios altamente rentables. Y fue así como aparecieron fortunas nuevas en muy pocos años, y algunos podían enorgullecerse de haber llegado al país con una mano atrás y otra adelante y luego formar parte de los grandes ricos del país. Esto ocurrió en todas las instancias: se dio en la agricultura, en la industria o en las finanzas. Pues así como el proceso de industrialización en Venezuela no ocurrió para ahorrar divisas sino para gastarlas, igualmente sucedió con el proceso agroindustrial y con el comercio: se trataba de buscar los mecanismos de hacer llegar el dinero petrolero a la sociedad, de distribuirlo y en el proceso desigual unos supieron o pudieron tomar más que otros. Por eso no es extraño encontrar entre los años cincuenta y setenta grandes préstamos con años de gracia y al dos por ciento de interés; o el inmenso cementerio de industrias creadas con dinero público cuya única función fue montar un tinglado para recibir el crédito y luego hacerlas quebrar.

El sector político en el gobierno, de montescos o capuletos, se encargó sistemáticamente de impulsar la formación de un sector adinerado cercano al 'partido', o afín a sus tendencias, para buscar consolidar el poder político. El mecanismo no es nada novedoso, pues así ocurre en todo el mundo democrático. Lo diferente en

Venezuela fue la inmensa capacidad que tenía el poder político, por los ingresos petroleros, para hacer ascender socialmente o enriquecer a una empresa o persona. A fines de los años setenta, y durante una entrevista, un inmigrante italiano que ya contaba con muchos años en el país protestaba indignado, pues él no entendía por qué cada vez que venía un funcionario político al pueblo, el hombre más rico del lugar salía a la carretera principal a esperarlo bajo el sol inclemente. En Italia, añadía, el rico esperaría en su casa a que el político viniera a visitarlo... Los vínculos entre el poder y la riqueza son muy distintos en Italia.

La crisis de la estructura social petrolera

A comienzos de los años setenta, durante el primer gobierno de Caldera, un ingeniero recién graduado podía comprarse un apartamento de cien metros cuadrados si lograba reunir el equivalente a cuatro sueldos mensuales: ésa era la cuota inicial, el resto lo pagaba en los siguientes veinticinco años. Para fines del siglo requiere de al menos cincuenta salarios para hacer una negociación, pero su sueldo no le permite siquiera pagar los intereses de la deuda.

Durante los años setenta, un obrero manufacturero lograba transformar su rancho de cartón y zinc en una casa sólida en un período de entre tres y cinco años; a fines de siglo requiere de unos diez a quince años para alcanzarlo.

Tampoco a fines de siglo la educación es un mecanismo seguro de mantenimiento y, mucho menos, de ascenso social. O al menos dejó de serlo en tanto que estatus, y sólo permaneció por la capacidad real de la gente. Muchos jóvenes se han preguntado ¿para qué ir a la universidad, si luego van a ser empleados mal pagados? Y empezaron a proliferar estudios prácticos o técnicos en la clase media.

A partir de 1974, cuando suben repentinamente los precios del petróleo y se triplican los ingresos del gobierno, en Venezuela se produce una gran conmoción social, una intoxicación financiera, que llena al país de dinero. Para algunos la sociedad cambió en este tiempo, para nosotros lo que ocurrió fue que se profundizaron las tendencias que se venían dando desde comienzos de siglo y que habían adquirido fuerza en los años cincuenta. Lo que ocurre es que se hacen más evidentes los procesos de competencia por la renta petrolera y de fragilidad y dependencia, que antes se hallaban más discretamente presentados. O quizás, como lo plantea Baptista (1997: 157), que paradójicamente en el capitalismo rentístico el colapso se inicia durante el auge de los ingresos provenientes de la renta. Pero este proceso de auge va a tener su final en 1980, cuando comienza a declinar el precio del petróleo y se inicia una caída del salario real que, de manera sostenida, llega hasta el final del siglo.

Varios procesos ocurren durante este período, los más notables son un empobrecimiento generalizado y una distribución regresiva del ingreso. Sin embargo, hasta fines de siglo no se habían dado modificaciones en la estructura social. Lo

La educación en Venezuela ha sido más un modo de ser que de hacer, y esto lo han facilitado un Estado y unas empresas que remuneraban el título mismo.

que podemos decir es que hubo un deterioro de las condiciones de vida de casi todos los grupos y clases sociales, pero no su modificación.

Por un lado existe una caída sostenida del salario real y del ingreso per cápita, lo cual muestra un deterioro general de las condiciones de vida, y por el otro, la distancia social se incrementó. Según datos de la CEPAL (1995), el diez por ciento más rico recibía a fines de los años noventa mucho más de lo que tomaba en los años setenta, y el cuarenta por ciento más pobre recibía menos. Este es un rasgo muy distintivo, pues es un proceso radicalmente opuesto a lo que se había vivido en el

El color de piel no es formalmente ni criterio ni obstáculo para la ubicación social de un individuo. Sin embargo, encontramos que la gran mayoría de los ricos y clase media en ascenso son blancos, y que la modesta clase media y los pobres son oscuros...

El racismo existe de manera vergonzosa en Venezuela, y como tal tiñe la estructura social.

resto del siglo cuando había existido mejoría y menores diferencias sociales.

Dos rasgos pueden ser significativos del cambio de comportamientos y situación de algunos grupos sociales, que afectan la estructura social. Uno es que desde mediados de los años ochenta se produce una migración de retorno de contingentes importantes de argentinos, italianos, españoles y empezamos a tener un saldo migratorio negativo. Esto es explicable por una combinación de la mejoría de las condiciones económicas en esos países y el empeoramiento de las condiciones en Venezuela. Y, el segundo, es un proceso migratorio de venezolanos, fundamentalmente hacia Estados Unidos, siguiendo el camino que en el pasado utilizaron otras nacionalidades. Pero, también hacia Europa, por parte de los hijos de inmigrantes quienes han podido adquirir el pasaporte de la Comunidad Europea.

Sin embargo, es posible destacar un grupo social de pobreza extrema, que algunos dramáticamente han llamado atroz. Desde la perspectiva de la estructura social nos parece que no es posible considerarlo un nuevo grupo, pues son simplemente los mismos subempleados y desempleados a los cuales se les han agotado los mecanismos de sobrevivencia basados en la solidaridad familiar o vecinal. En este grupo se encuentran de manera significativa las mujeres solas, quienes son jefas del hogar con varios hijos y que tienen que salir a trabajar dejándolos sin amparo. Su acceso a un empleo es grandemente precario, tanto por las condiciones del salario como por sus propias limitaciones. Este tipo de familia lograba sobrevivir por su entorno social, pero cuando el entorno ve reducido sus ingresos queda poco excedente para repartir entre los otros pobres y la situación de pobreza se hace extrema.

Los altibajos del precio del petróleo no permitieron que se estableciera un rumbo definido en la sociedad, pues no se pudieron impulsar de manera significativa formas productivas no-petroleras, pero tampoco se pudo volver a gozar de la nostálgicamente recordada bonanza del pasado. Por eso, en el último cuarto de siglo, se encuentra la misma estructura social, sólo que al comienzo con bonanza, euforia y continua mejoría; y, al final, con pobreza, pesimismo y continuo deterioro.

Las clases sociales a fines de siglo

La clasificación tópica de las sociedades es casi siempre la misma, pues es un asunto de lugares, lo que puede variar es la cantidad de clases que se utilizan para construirla, pero también y necesariamente su contenido específico. Se puede tomar una clasificación en tres clases: los ricos, los pobres y una clase en el medio de ambos extremos. Esta clasificación se utiliza desde Aristóteles. Pero puede hacerse en seis o en nueve clases. Nosotros preferimos hacerlo en seis clases, para guardar una cierta armonía en la construcción de las diferencias. De manera sucinta se trata de lo siguiente.

Sobre los poderosos nos parece que hay que diferenciar entre los grandes ricos y los nuevos o medianos ricos. La clasificación no es sencilla, pues el grupo es pequeño y no hay muchas distinciones en el consumo visible a primera mano; pero sí hay diferencias en cuanto a los mecanismos de poder y a ciertos rasgos de los modos de vida. Es decir, los grandes ricos son considerados como tales en cualquier parte de la tierra. En un mundo globalizado, este grupo tiene negocios y propiedades dentro y fuera del país, y se codea y es considerado como par de los propietarios o de los ejecutivos de las grandes corporaciones multinacionales. En cambio, los ricos medianos o nuevos sólo son ricos en Venezuela, esto no es poca cosa y en nada desdice de su poder y lujoso modo de vida. En la práctica pueden no encontrarse mayores diferencias visibles a los ojos del común de los ciudadanos, pero sin duda existen y quizá pueden verse en, digamos, el tipo de avión privado que usan, y si no tanto en su confort, sí en la autonomía de las horas de vuelo de la nave.

La clase media la podemos diferenciar entre un grupo en ascenso y otra que hemos denominado la modesta clase media. Por su lugar central, por su ubicación en el medio del sándwich, la clase media está siempre en movimiento, aspirando a subir y aterrorizada de caer. Por eso uno encuentra siempre un grupo de familias en mejoría social y económica que luego se estanca, porque muere el padre o la madre que era quien producía ingresos importantes, y la herencia se divide y fragmenta y la siguiente generación pasa a llevar una vida modesta. O, al contrario, cómo con ese capital inicial la familia logra invertir y reinvertir en negocios productivos y pasa a convertirse en un nuevo rico. Este último proceso de enriquecimiento fue posible y generalizado entre los años cincuenta y ochenta, y más difícil y restringido, pero no infrecuente, entre fines de los ochenta y los noventa.

Al final del siglo se encontraron dos realidades, por un lado, un sector joven de profesionales que ejercieron exitosamente de manera liberal o se emplearon en sectores especiales de la economía obteniendo muy buenos ingresos, y, por el otro, un grupo de jóvenes o nuevos empresarios que se orientaron hacia áreas de punta y lograron importantes ganancias. Estos individuos, calificados en el país y de una manera vaga como *yuppies*, mostraron en cuanto grupo gran afán por el consumo, teniendo todos los rasgos externos de la clase media en ascenso. Pero su inserción en la estructura social no es clara, pues están en movimiento, y de su decisión y

capacidad de capitalizar el enriquecimiento o de simplemente consumirlo, dependerá su ubicación futura en la estructura social.

La modesta clase media estaba integrada a fines de siglo por los profesionales empleados del gobierno o la empresa privada. Este fue el lugar que ocuparon a mitad de siglo los 'bachilleres' y que hoy en día ocupan los profesionales. También por algunos comerciantes y pequeños empresarios. El empobrecimiento general de la sociedad ha afectado marcadamente a esta clase media, y de manera muy singular a los empleados, quienes no logran ajustarse a los niveles inflacionarios, lo que les lleva a un deterioro ostensible de su salario real. Este sector, al empobrecerse, ha ido desplazando a otros grupos ocupando algunos espacios que antes estaban destinados a los pobres.

Un caso palpable de este proceso es la urbanización Caricuao en Caracas. Hoy la habitan profesionales, pero cuando fue construida estaba destinada a satisfacer la demanda de vivienda de obreros bien pagados. En sus inicios, en los años sesenta, ningún profesional hubiera pensado en adquirir un apartamento allí; en los noventa, era una de las pocas opciones que se tenía de comprar una vivienda en Caracas.

Los pobres son la gran mayoría de la población. Algunos afirman que pueden llegar a constituir hasta el ochenta por ciento. Esta última cifra siempre nos ha parecido exagerada, pero claro, dependiendo del criterio que se use para trazar la línea divisoria puede llegarse a estos porcentajes. En cualquier caso, representan el grueso de la población que tiene en su interior más semejanzas que diferencias. También es posible clasificarlos entre pobres del campo y de la ciudad, donde los primeros, si se emplean ciertas clasificaciones de servicios y tipos de vivienda, aparecen como más pobres que los segundos. Debemos decir que esta consideración, en el mejor de los casos, es sólo parcialmente cierta. Con todo, hay en el campo grupos que viven realmente bajo pobreza extrema, sobre todo los ancianos y las mujeres solas llenas de hijos (Márquez, 1995). En suma, muchos de ellos llevan una vida muy pobre, sin ninguno de los oropeles de la modernidad, aunque no necesariamente miserable.

Los pobres urbanos se diferencian tanto por el tamaño y la regularidad de los ingresos familiares, como por el tiempo que tienen viviendo en la ciudad y los nexos sociales y familiares en los cuales se encuentren insertos. El factor de dependencia económica es muy importante en la diferenciación social entre los pobres, es decir, el número de personas que trabajan en una familia en relación con las que no lo hacen. Lo que cada uno cobra puede ser poco, pero si trabajan varios miembros de la familia una vez sumados los ingresos pueden montar a una cifra razonable que permite un mejor nivel de vida. Por esta misma razón es muy adversa la situación de las mujeres solas y con hijos pequeños, pues es una única persona la que produce y en condiciones muy precarias por su nivel de calificación y las restricciones de tiempo que tiene.

El segundo factor, según lo anotado, es el tiempo que se tiene viviendo en la ciudad. Ello de alguna manera determina el lugar donde viven y significa una mejor o peor dotación de servicios públicos y del estado de la vivienda. Desde luego, este segundo factor se puede confundir con el primero, pues si tienen más años en la ciudad los hijos pueden también tener más edad y aportar por lo tanto al ingreso familiar.

El tercer y último factor importante es el tipo de nexo que mantienen: en el barrio o en la ciudad viven muchos amigos y familiares que constituyen una red de solidaridad, es el “hoy por ti y mañana por mí” que, como regla de reciprocidad, regula las relaciones y que hace que el bienestar de una familia ampliada esté condicionado por la situación de todos sus componentes. Una familia puede tener muy buenos ingresos, pero si el resto de la red familiar está desempleado debe distribuir sus ingresos entre todos; y así la parte que verdaderamente se utiliza para ese núcleo familiar es mucho menor y se imposibilita cualquier tipo de inversión en mejoría de la vivienda, en educación, o incluso en el mismo negocio si éste fuera el caso.

La mayoría de los pobres urbanos tenía a fines de siglo más educación formal que en los años cincuenta o setenta; pero esta educación quizá le servía menos que a los anteriores para su ascenso en la estructura social. La nueva generación de pobres pueden tener primaria o bachillerato incompleto, pero su inserción en el mercado de trabajo es muy similar cuando se trata de emplearse como obrero. La educación sólo establece diferencias importantes entre los pobres cuando culminan los estudios universitarios, y esto implica superar un sinnúmero de obstáculos.

En los años noventa, entre el 35 por ciento y el 80 por ciento de la población de las ciudades vivía en zonas urbanas no planificadas (Villanueva y Baldó, 1994). De manera general es posible afirmar que los pobres habitan en estos asentamientos urbanos que llamamos “barrios de ranchos”. Pero, a pesar del nombre, no todas las viviendas de los barrios son ranchos, o dicho al contrario, la mayoría de los llamados ranchos en los barrios son viviendas humildes y modestas, pero no ranchos de cartón (Bolívar *et al.*, 1994).

Pero, además, en los barrios hay muchas familias que pueden considerarse de modesta clase media, que habitan en zonas que fueron de invasión, pero cuyas edificaciones son muy buenas. En algunos casos, se trata de edificios de varios pisos, o de casas que son pequeñas quintas fácilmente alquilables (Camacho y Tarhan, 1991). Pero es casi una regla general que allí no se ejerce la propiedad de la tierra. Esto ocurre en las partes bajas de los barrios de Caracas, pero mucho más en las ciudades del interior, donde los barrios han seguido el patrón de crecimiento urbano de “las orillas” que luego se integran al casco urbano.

Al final del siglo se encontraron dos realidades, por un lado, un sector joven de profesionales que ejercieron exitosamente de manera liberal... y un grupo de jóvenes o nuevos empresarios que se orientaron hacia áreas de punta y lograron importantes ganancias. Estos individuos, calificados en el país y de una manera vaga como yuppies...

Por décadas los barrios de ranchos de Venezuela vivieron un proceso de mejora continua: las casas se iban transformando con la sustitución de materiales de desecho o deleznable por materiales sólidos, y se ampliaban y se iban instalando las redes de servicios públicos. Por esta razón nos opusimos sistemáticamente a la calificación de “zonas deterioradas” que alguna sociología y arquitectura de influencia norteamericana pretendió utilizar en los años sesenta y setenta; pues los barrios no se deterioraban, sino que mejoraban día a día. Este proceso se detuvo en los años ochenta y luego se revirtió. A partir de la década de los noventa es posible

La Iglesia católica fue durante mucho tiempo la fe de todos, pero la institución social de los más ricos.

hablar con propiedad de deterioro en muchas zonas de barrios. La poca inversión en servicios públicos, debido a las limitaciones financieras del Estado, la desaparición o disminución drástica del excedente de ingreso familiar que podía ser destinado a la vivienda y la creciente densificación de los barrios, ha propiciado una di-

námica completamente diferente a la vivida durante casi todo el tiempo previo.

Los pobres rurales, como ya hemos descrito, son de tres tipos dependiendo de la regularidad de su ingreso. Pero debiéramos agregar que también se depende de la distancia respecto de los centros poblados. El aislamiento es un factor que contribuye a que las condiciones de vida sean mejores o peores, tanto por los costos implicados en la venta de sus cosechas, como por el acceso a los servicios. El cultivar en tierras privadas o de la reforma agraria puede dar diferencias, pero no necesariamente los que viven en asentamientos como campesinos están en mejores condiciones. Aunque estos últimos sí pudieron haber tenido en un momento dado mejores posibilidades de incrementar sus ingresos. La educación formal además otorga diferencias entre aquellos que son alfabetos y quienes no lo son, pues les facilita entrar al comercio, el acceso a los créditos o algún trabajo asalariado.

Otros factores condicionantes de la estructura social

Hay otros factores, aparte del ingreso, la ocupación social y la educación, que también deben considerarse al caracterizar la estructuración social. Cuatro de ellos cabe señalar en este contexto: el género, la etnicidad, la titulación y la religión.

Por género nos referimos a la dimensión cultural del sexo de las personas y es un aspecto importante en términos de los cambios de la estructura social venezolana del siglo XX. Si bien hasta 1945 las mujeres no tenían derecho al voto en el país, y sólo después de 1946 pudieron votar para la presidencia de la república (treinta años antes que las mujeres suizas, en cualquier caso), siempre tuvieron un papel muy importante en la sociedad, aunque de manera general restringido al área privada. Pero desde la mitad del siglo la creciente importancia de las mujeres ha significado uno de los grandes cambios en la sociedad, por su inserción al mercado laboral y por su presencia notable en la educación. En la educación superior, durante los años cincuenta, la presencia de las mujeres era completamente marginal; pero a fines de siglo las mujeres superaron a los hombres en asistencia a los

institutos de educación superior. En Venezuela el sexo de las personas representa poco obstáculo para ocupar altos cargos públicos y privados. Sin embargo, las limitaciones del cuidado de los hijos se imponen como una restricción para el ascenso profesional, y en especial una carga pesada para el despegue de las mujeres de bajos ingresos.

El color de piel no es formalmente ni criterio ni obstáculo para la ubicación social de un individuo. Sin embargo, encontramos que la gran mayoría de los ricos y clase media en ascenso son blancos, y que la modesta clase media y los pobres son oscuros. Para ser rico no se requiere ser blanco, pero para aparentarlo es completamente necesario. Igual sucede con los morenos, les cuesta que les crean que tienen dinero, y por eso deben esforzarse, ¡y con cuánta cursilería a veces! en demostrar que lo son.

En la estructura social venezolana el color de piel no es un factor causal, pero sí de caracterización, pues desde el siglo pasado la posición económica y el color de la piel han ido muy aparejadas. Esta situación cambió por las migraciones y los cambios sociales que hemos descrito; todavía en los años cincuenta en muchas ciudades de los Andes las personas salían curiosamente a la ventana a ver pasar un negro. Pero con las migraciones y la televisión se hizo algo común. Lo mismo podemos decir en el ámbito de la política: en los años cuarenta, y todavía en las elecciones de los sesenta, muchos decían que los adecos iban a llevar a los “negros” al poder, y a un ministro de los ochenta le endilgaron el remoquete de “negro y comunista”, aunque en realidad no era ninguna de las dos cosas. Pero así se muestra la asociación del poder con los blancos, y como en tantas otras situaciones, la sorpresa, la extrañeza, señala la regularidad social.

El racismo existe de manera vergonzosa en Venezuela, y como tal tiñe la estructura social. Nadie lo admite; a nadie se le ocurriría esgrimir un argumento racial en voz alta, pero *sotto voce* se comenta, se arroja en el chiste, para que parezca una broma. Y esta diferenciación social actúa en todos los niveles. Por ejemplo, en las Fuerzas Armadas es bastante evidente en cuanto a la composición racial: los oficiales de la Guardia Nacional son más oscuros que los del Ejército, y los del Ejército lo son más que los de la Marina, y los de la Marina lo son más que los de la Aviación. Al final, y en grueso, los de la Aviación son blancos y los de la Guardia morenos. Pero esto ocurre así por otros factores causales: la calidad de la educación primaria y media, el capital cultural de la familia, y todo esto relacionado con los ingresos de la familia.

En Venezuela se eliminaron todas las formas de titulación social que podían establecer diferencias entre los individuos. Es así como el tratamiento que se le da al presidente es el mismo que a todos los otros venezolanos: ciudadano. Se dice así: “el ciudadano presidente de la República, el ciudadano ministro”. Quedan exentos de este tratamiento igualitario los embajadores de otros países, a los cuales se le dice “Su excelencia el embajador tal” y las grandes figuras de la Iglesia católica, a

quienes se les trata de "Su eminencia, el cardenal Fulano". Este modo de relacionarse socialmente contribuye en mucho al sentido igualitario del venezolano, pero las sociedades producen su propia diferenciación de manera permanente, bien sea porque algunos las exigen, bien sea porque otros las otorguen.

Al eliminarse oficialmente las titulaciones pomposas, sólo quedaron en el país dos formas de nombrar la distinción: don y doctor. La fórmula del "don" fue muy usada en las zonas rurales, y permanece hasta el fin del siglo en las ciudades medianas y pequeñas del interior del país, aunque no así en las ciudades grandes como Maracaibo o Caracas. La nominación de don proviene del latín *Dominus*, y se refería al señor, al amo, como dueño de la tierra y señor de los siervos. En Venezuela pasó a representar dos situaciones: por un lado como una señal de respeto ante alguien que tenía riqueza o poder, o ambas, y esto era reconocido por el otro al usar el don en la manera de dirigirse a esta persona. El don también ha sido usado para reconocer el estatus de edad, es decir, para nombrar a los mayores, ancianos o no. Don es la señal pública de prestigio que refiere a estas cualidades de alguien distinto por lo encumbrado de su riqueza o poder.

Al urbanizarse la sociedad, difundirse la educación y hacerse más igualitaria, el don dejó de ser usado, y en su lugar apareció el uso de un nuevo símbolo de prestigio social: el doctor. Doctor quiere decir en el uso social lo mismo que don, pero como ha de tener algún fundamento académico, crea grandes confusiones en los tratamientos públicos formales, cuando el asunto va más allá del muchacho que, con su caja de betunes para el calzado bajo el brazo, pregunta: "¿se los limpio, doctor?". Por eso a algunos presidentes se les ha dicho: "El ciudadano presidente de la República, doctor Fulano de tal", anteponiendo el doctor al nombre en señal de prestigio. Y por lo mismo a los ministros, a los jefes de oficinas públicas y hasta a los rectores de las universidades, tiende a decirseles doctor aun sin serlo. Lo que quiere decirseles es señores importantes, pero la sociedad no encuentra bien cómo hacerlo; por eso también inventamos continuar diciéndoles presidentes a los ex presidentes, porque como alguno no tenía título universitario siquiera, no se le podía decir doctor y no se hallaba qué titulación de prestigio y respeto anteponerle al nombre. Don expresaba entonces la estructura social basada en la propiedad rural, y doctor la división social urbana.

Finalmente, la religión ha sido un factor moderado de caracterización de la estructura social. Ha sido moderado, pues en una sociedad donde más del 80 por ciento de su población se declara católica, es difícil establecer grandes diferencias. Sin embargo, hay dos factores importantes de anotar. Por un lado, si bien la religión católica ha sido la dominante, no es posible afirmar que la sociedad ha sido monoteísta. En la sociedad venezolana —como quizá en casi toda América Latina— el triunfo del monoteísmo fue muy precario. El Dios católico logró imponerse sobre los demás al precio de que los otros subsistieran, por eso hay muchos dioses que en unas jerarquías muy variables conviven en la creencia de las personas (Pollak-

Eltz, 1994). Y esto es así para todos los grupos sociales, sin embargo, es posible afirmar que la fe en otros dioses va en gradiente de mayor creencia entre los más pobres hacia menor entre los más adinerados.

La Iglesia católica fue durante mucho tiempo la fe de todos, pero la institución social de los más ricos. Por eso la entrada de los grupos protestantes y evangélicos en el país encuentra asidero importante entre los pobres, de un modo muy singular y con una entrega propia de los grupos minoritarios. Las distintas iglesias protestantes crecen entre los campesinos y en los barrios pobres de las ciudades. Allí construyen sus capillas con sus ahorros, su trabajo y con las mismas técnicas y materiales que utilizan para levantar sus casas; mientras que el Estado es quien construye las edificaciones católicas. En la segunda mitad del siglo una parte importante de la Iglesia católica cambió en su orientación y logró insertarse activamente en los sectores populares, y por eso es posible decir que la religión católica es de todos, pero los evangélicos son los pobres.

A fines del siglo XX

Al finalizar el siglo XX la estructura social de Venezuela seguía siendo la misma, pero mostraba ya un notable deterioro, una gran incapacidad de poder seguir siendo la misma que había sido, y más, de ser algo nuevo. Pero se puede ser todavía más enfático, no hay siquiera atisbos de cómo habrá de ser la nueva estructura. Y es así porque los factores que deben moldear lo que debería ser la nueva estructura social post-rentista no llegan a consolidarse, ni como rumbo fijo, ni como poder. Tal y como en los cambios que ocurrieron en los años treinta, hay momentos en la historia cuando la organización social no tiene fuerza para perdurar, y aunque muchos individuos y grupos se resisten a perder la riqueza, el poder y los privilegios, no tienen fuerzas suficientes para continuar su empuje: siguen en la cúspide social a su pesar, y sólo porque no existe quien los sustituya.

La sociedad rentista que se construyó durante décadas sufrió, a finales de siglo, tres grandes golpes en su identidad, en la razón de su narcisismo. El primero ocurrió cuando en febrero de 1983 ocurrió la devaluación del bolívar. El "viernes negro" acabó con la imagen de la identidad próspera de la sociedad petrolera y con una estructura social que se había moldeado sus sueños, gustos y posesiones a partir de la sobrevaluación de la moneda nacional (Baptista, 1980). Por primera vez muchas personas pensaron que podía existir un retroceso. La tasa de cambio fija había sido un factor de estabilidad, pero también la fábrica de unas clases sociales y el soporte de sus estilos de vida. Era el mito de la prosperidad económica permanente del rentismo petrolero que llegaba a su final.

El segundo golpe ocurrió el 27 de febrero de 1989 cuando se cumplió lo temido y bajaron los cerros. La revuelta social que se dio en Caracas no había tenido precedentes, y, como suele ocurrir, el lobo aparece tiempo después que se había anuncia-

La mayoría de los pobres urbanos tenía a fines de siglo más educación formal que en los años cincuenta o setenta; pero esta educación quizá le servía menos que a los anteriores para su ascenso en la estructura social.

do su llegada. Desde que aparecieron los barrios de ranchos, la insurrección popular había sido deseada por pocos y temida por muchos. Pero no ocurría, pues la paz social en Venezuela se había podido garantizar a través de lo que el Estado repararía y, como tenía las arcas llenas, podía darse el lujo de sentarse a negociar las demandas de patronos y obreros pagando al final las cuentas de ambos y conservando siempre su real y medio. Pero a fines de siglo se le hizo difícil al Estado comprar la paz social, y un día amaneció de saqueo y se acabó el mito de la prosperidad social en Venezuela. Y, finalmente, el tercer golpe sí fue un golpe, pero de Estado. El

***La sociedad rentista
que se construyó
durante décadas sufrió,
a finales
de siglo, tres grandes
golpes en su identidad,
en la razón
de su narcisismo.***

4 de febrero de 1992 amaneció de bala y alguna gente se preguntaba: ¿aquí en Venezuela? Al contrario de las continuas premoniciones sobre la revuelta de los pobres que muchos fantaseaban, ningún ciudadano común había podido imaginarse la revuelta de los militares: la democracia en Venezuela era un símbolo de estabilidad reconocido en la región. Y como a pocos meses se repitió otro intento de golpe, si antes de 1992 nadie hablaba de golpe, después nadie paró de rumorar. El tercer mito, el de la estabilidad

política del país, se había desmoronado.

Estos tres hachazos brutales hicieron trizas la imagen narcisa de la sociedad, pero no lograron transformar la estructura social. Sin embargo, expresaron bien las tensiones de cambio existentes en la sociedad. Pero los procesos de cambio sociales son así, primero cambia la economía, después la organización social, y al final se expresa en la política.

En 1997 realizamos una encuesta comparativa en siete áreas metropolitanas de América Latina. Más del sesenta por ciento de los habitantes de Caracas afirmaba que la sociedad requería de cambios radicales, era la proporción más alta en todas las ciudades estudiadas. Lo malo, empero, es que no sabemos bien hacia dónde debemos ir: para algunos, el cambio radical expresa un deseo de retornar ilusoriamente a la bonanza petrolera; para otros es la creación de la inédita sociedad post-petrolera. No tenemos un mínimo consenso sobre lo que se desea, sobre cómo lograrlo, y ningún grupo social tiene suficiente poder para imponer un posible rumbo que pueda fortalecer o modificar la estructura social.

Y así nos encuentra el nuevo siglo. De la casa de dos pisos de Valera y su patio de café sólo queda la foto del recuerdo; la ciudad, llena de edificios y barrios, creció hasta las tierras donde se erguía la estación de tren, pero ya nadie se acuerda del gran ferrocarril de La Ceiba.

BIBLIOGRAFÍA

ABOUHAMAD, J. (1980): *Los hombres de Venezuela: sus necesidades y sus aspiraciones*, Caracas, UCV.
ACOSTA SAIGNES, M. (1938): *Latifundio*, México, Editorial Popular.
ADRIANI, A. (1937): *Labor venezolanista*, Caracas, Tipografía La Nación.

ARAUJO, O. (1964): "Caracterización histórica de la industrialización en Venezuela", *Revista de Economía y Ciencias Sociales*, Año VI, núm. 4, octubre-diciembre.

BAPTISTA, ASDRÚBAL (1980): "Gasto público, ingreso petrolero y distribución del ingreso", *El Tri-*

- mestre *Económico*, vol. XLVII (2), núm. 186.
- (1997): *Teoría económica del capitalismo rentístico*, Caracas, Ediciones IESA.
- BARTRA, R. (1969): *Agro andino venezolano*, Mérida, ULA.
- BOLÍVAR, T. et al. (1994): *Densificación y vivienda de los barrios caraqueños*, Caracas, Consejo Nacional de la Vivienda.
- BRICEÑO PARILLI, A.J. (1947): *Las migraciones internas y los municipios petroleros*, Caracas, Tipografía ABC.
- BRICEÑO-IRAGORRY, M. (1954): *Obras Selectas*, Madrid-Caracas, Ediciones Edime.
- (1957): *Los Riberas*, Madrid, Ediciones Independencia.
- BRICEÑO-LEÓN, R. (1991): *Los efectos perversos del petróleo*, Caracas, Fondo Editorial Acta Científica Venezolana y Consorcio de Ediciones Capriles.
- (1992): *Venezuela: clases sociales e individuos*, Caracas, Fondo Editorial Acta Científica Venezolana y Consorcio de Ediciones Capriles.
- BRITO FIGUEROA, F. (1951): *Ezequiel Zamora, un capítulo de la historia nacional*, Caracas, Ávila Gráfica.
- CAMACHO, O.O. y A. TARHAN (1991): *Alquiler y propiedad en barrios de Caracas*, Caracas, IDRC-UCV.
- CARRERA DAMAS, G. (1974): "Proceso a la formación de la burguesía venezolana", en *Tres temas de historia*, Caracas, UCV.
- (1980): *Una nación llamada Venezuela*, Caracas, UCV.
- CARRILLO BATALLA, T.E. (1965): "La dinámica del desarrollo económico venezolano", *Revista de Economía Latinamericana*, núm. 17, 45-68.
- CENDES (Equipo Sociohistórico) (1981): *Formación histórico-social de Venezuela*, Caracas, Ediciones de la Biblioteca de la UCV.
- CEPAL (1995): *Panorama social*, Santiago de Chile, Cepal.
- CÓRDOVA, A. (1963): "La estructura económica tradicional y el impacto petrolero en Venezuela", *Revista de Economía y Ciencias Sociales*, vol. V, núm. 1, 7-28.
- (1963): "La estructura económica tradicional y el impacto petrolero en Venezuela" *Revista de Economía y Ciencias Sociales*, Año V, núm. 1, enero-marzo, 7-28.
- DÍAZ SÁNCHEZ, R. (1960): "Evolución social", en *Venezuela Independiente*, Caracas Fundación Eugenio Mendoza.
- (1968): *Guzmán: elipse de una ambición de poder*, Caracas, Editorial Mediterráneo.
- DOMÍNGUEZ, R. (1978): "Apuntes sobre el desarrollo del capitalismo en el campo en la Venezuela contemporánea", *Revista de Economía y Ciencias Sociales*, núm. 1, 69-90.
- DURKHEIM, E. (1967): *De la division du travail social*, París, Press Universitaires de France.
- FURTADO, C. (1957): "El desarrollo reciente de la economía venezolana" en *La economía contemporánea de Venezuela*. H. Valecillos y O. Bello (comp.) Caracas, Banco Central de Venezuela, 1990, 165-206.
- GABALDÓN, A. (1965): "Significado económico de la erradicación de la malaria", en *Una política sanitaria*, Caracas, MSAS, 325-335.
- (1969): "Health Services and Socioeconomic development in Latin America", *The Lancet*, vol. I, 7598, 793-794, 12 april.
- IRAZÁBAL, C. (1980): *Venezuela esclava y feudal*, Caracas, Ateneo de Caracas.
- LOMBARDI, J.V. (1986): "The patterns of Venezuela's past", en *Venezuela, The Democratic Experience*, Nueva York, Praeger, 3-31.
- LOZADA ALDANA, R. (1980): *Venezuela: latifundio y subdesarrollo*, Caracas, UCV.
- MÁRQUEZ, G. (1995): *Venezuela: Poverty and Social policies in the 80s, Coping with austerity, Poverty and inequality in Latin America*, Washington, The Brooking Institution.
- MARX, K. (1971): *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política. (Borrador) 1857-1858*, Buenos Aires, Siglo XXI, tomo I.
- MAYOBRE, J.A. (1982): *Obras Escogidas*, Caracas, Banco Central de Venezuela.
- MAZA ZAVALA, D.F. (1976): "Historia de medio siglo en Venezuela: 1925-1975", en *América Latina, historia de medio siglo*, México, Siglo XXI.
- PICÓN SALAS, M. (1988): *Suma de Venezuela*, Caracas, Monte Ávila Editores.
- POLLAK-ELTZ, A. (1994): *La religiosidad popular en Venezuela*, Caracas, San Pablo.
- RANGEL, D.A. (1965): *Los andinos en el poder*, Caracas, Vadell.
- SILVA MICHELENA, J.A. (1970): *Crisis de la democracia*, Caracas, UCV-CENDES.
- USLAR PIETRI, A. "Sembrar el petróleo", *Ahora*, martes 14 de julio de 1936
- (1980): *De una o otra Venezuela*, Caracas, Monte Ávila Editores
- VELÁSQUEZ, R.J. (1973): *La caída del Liberalismo Amarillo: tiempo y drama de Antonio Paredes*, Caracas, Cromotip.
- (1976): *Venezuela moderna, medio siglo de historia, 1926-1976*, Caracas, Fundación Eugenio Mendoza.
- VILLANUEVA, F. y J. BALDÓ (1994): *Plan Sectorial de incorporación a la estructura urbana de los barrios del Área Metropolitana de Caracas y la Región Capital*, Caracas, FAU-UCV.
- WEBER, M. (1922): *Economía y sociedad*, México, Fondo de Cultura Económica, 1977.

